



CULTURA

La «orden de Toledo»

Una aventura en el Toledo de los años 20

Angelina Serrano de la Cruz Peinado



Luis Buñuel

La tranquilidad que caracterizaba a Toledo a principios de siglo se veía de vez en cuando alterada por la presencia de elementos ajenos a ellas, a los cuales atraía la belleza inhóspita de sus muchos de años de creación artística y plástica. En sus calles era normal ver a pintores consagrados y aprendices de pintores inmortalizar cualquier detalle de los innumerables monumentos toledanos. Ya lo habían hecho pintores románticos como Jenaro Pérez Villaamil, Valeriano Bécquer y su hermano Gustavo Adolfo, Martín Rico o Dani Urrabieta, a los que siguieron los toledanos Matías Moreno, Ricardo Arredondo, Vicente Cutanda, Pablo, José y Enrique Vera o el gran toledanista Aureliano de Beruete. No olvidemos que a lo largo del siglo se va cuajando la aceptación de la obra del Greco, indudable excusa para visitar la ciudad.

Toledo era una sociedad tradicional, acostumbrada al viajero y a todo tipo de impresiones que éste podía causar. En la década de los 20 recibió a un grupo, en apariencia, igual a los demás, y lo hubieran sido de no ser por la trayectoria posterior de muchos de ellos. La biografía y el recuerdo de muchos de estos personajes son hoy la fuente imprescindible para acercarnos a esta especie de broma y caricatura esperpéntica que formaron aquellos que estaban deseosos de nuevas experiencias estéticas y vivenciales. La búsqueda de la sorpresa, la rebeldía juvenil, el gusto por lo desconocido, por la leyenda, lo escondido e incluso lo que provocaba miedo y respeto fueron causas que atrajeron a ese grupo de estudiantes. Allí le hicieron, en sorprendente simbiosis, cómplice de sus «locuras». Los recuerdos de estas visitas son una buena excusa para acercarnos a descripciones de su interior urbano.

En círculos artísticos madrileños era más o menos normal pasar «una noche toledana» según señala Ramón Gómez de

la Serna. 'Esta era casi una visita obligada para pintores, escultores, escritores o filósofos (sirvan de ejemplo, Victorio Macho, Benito Pérez Galdós, José Ortega y Gasset o Gregorio Marañón).

En el caso que nos ocupa, un grupo de amigos, por entonces inseparables, organizaban el viaje de modo que éste debía resultar agotador, nada había que dejar de ver. Eran veladas en las que había que pasar toda la noche visitando los monumentos hasta la madrugada. Las descripciones que de aquellos momentos hemos recogido, son una fuente excepcional para ver cómo se veía a esta ciudad en la Corte Madrileña. Así lo relata el autor

de las *Greguerías*: «Nos sentimos pequeños, cohibidos y frágiles en ese Toledo helado, ventoso, rico en piedras erigidas, labradas, y gloriosas. Los toledanos que estaban hechos a sus noches toledanas de toda la vida nos miraban como a osados neófitos... Habíamos querido ser turistas literarios y en la noche toledana no se admitía esa especie y, quedábamos convertidos en exploradores del polo en una misión de perspectiva de siglos».²

Estos jóvenes viajeros son poetas, escritores y estudiantes madrileños, los mismos que en Madrid están tejiendo la avanzada cultural de esos años y que lo serán de los venideros. Hablamos de la llamada *Orden de Toledo*. Así fue como Luis Buñuel denominó al grupo de amigos que visitaban Toledo en ciertas ocasiones, en busca de sus singularidades y de su belleza. Esta *Orden*, muy lejos de ser lo que la palabra nos sugiere, recordándonos las viejas órdenes militares o nobiliarias, fue un capricho o broma creada por el citado cineasta, en la que se seguían rigurosas condiciones para poder acceder o permanecer en ella, pudiéndose incluso ser expulsado de la misma.

Esta asociación o reunión de jóvenes no dejó eco alguno en ninguno de los periódicos toledanos consultados; ningun-

no de sus componentes escribió ningún artículo en ellos, por lo que tenemos que recurrir a las memorias de algunos de sus integrantes para poder rehacer sucintamente lo que pretendió esta «Orden», que, por otra parte, no tuvo ninguna influencia en el ámbito cultural toledano.

Las fuentes, por tanto, para el sucinto acercamiento a este tema, son los escritos autobiográficos de Luis Buñuel, Alfonso Reyes, José Moreno Villa, y Salvador Dalí, algunos de los integrantes de esta *Orden* que han hablado de ella.

El origen de la misma es narrado en la autobiografía de Luis Buñuel en los siguientes términos: «Me parece que fue en 1921 cuando descubrí Toledo. Llegamos de Madrid y nos quedamos dos o tres días. (...) Desde el primer día quedé prendado, más que de la belleza turística de la ciudad, de su ambiente indefinible. Volví a menudo con mis amigos de la Residencia, y, el día de San José de 1923, fundé la Orden de Toledo, de la que me nombré a mí mismo condestable».³

Buñuel estableció una jerarquía según «los merecimientos, actuaciones y experiencias».⁴ La aventura y frivolidad, en muchas ocasiones, de sus integrantes fue un hecho, pero con el suficiente encanto de encaramar en ella a muchos de los integrantes de la feliz y fructuosa Residencia de Estudiantes de la Calle Pinar de Madrid. Moreno Villa señala cual era la realidad de esta Orden: «en el fondo el único móvil era la osadía juvenil, que conquistó incluso a los filósofos».⁵ Esta «asociación intelectual» estaba formada por la élite más rupturista madrileña, surgida del foco estudiantil dirigido por Alberto Jiménez Fraud. Las actividades de esta «pseudoasociación» fueron cuidadosamente señaladas y se alargaron en el tiempo como señala Luis Buñuel:

«Aquella *Orden* funcionó y siguió admitiendo nuevos miembros hasta 1936. Pepín Bello era el secretario. Entre los fundadores estaban Lorca y su hermano Paquito, Sánchez Ventura, Pedro Garfías, Augusto Casteno, el pintor vasco José Uzelay y una sola mujer, muy exaltada, discípula de Unamuno en Salamanca, la bibliotecaria Ernestina González.

Venían después los *caballeros*. Hojeando una vieja lista, encuentro entre ellos a Hernando y Lulu Viñes, Alberti, Ugarte, Jeanne, mi esposa, Urgoiti, Solalinde, Salvador Dalí (con la indicación de degradado anotada posteriormente), Hinojosa (fusilado), María Teresa León, la esposa de Alberti, y los franceses René Crevel y Pierre Unik.

Debajo, más modestos, se encontraban los *escuderos*, entre los que figuraban Georges Sadoul, Roger Desormier y su esposa Colette, el operador Elie Lotar, Aliette Legendre, hija del director del Instituto Francés de Madrid, el pintor Ortiz y Ana María Custodio.

El jefe de invitados de los *escuderos* era Moreno Villa, que después escribiría un gran artículo sobre la *Orden de Toledo*.⁶ A continuación venían los *invitados de los escuderos*, que eran cuatro y, en último lugar, al pie del cuadro, los *invitados de los invitados de los escuderos*, Juan Vicens y Marcelino Pascua».⁷ Como documento gráfico de la existencia de esta Orden, podemos mencionar una fotografía de los Caballeros de la Orden de Toledo en la Posada de la Sangre, donde aparecen Pepín Bello, José Moreno Villa, Luis Buñuel, María Luisa González, Salvador Dalí y José María Hinojosa que aparece en el libro *Lorca-Dalí. Correspondance*.⁸

Todos ellos buscaban en el Toledo de los años 20 nuevas experiencias. Así lo señala José Moreno Villa: «Los caballeros de la orden no iban a la ciudad en busca de detalles que embobaban a los turistas, sino de experiencias personales. En vez de alojarse en los hoteles señalados por las Guías, se acomodaban en las Posadas de la Hermandad, de la Sangre, entre arrieros, burros y telarañas, que seguían siendo los mismos que en tiem-

pos de los Reyes Católicos o de Cervantes. Cenaban y bebían sin continencia y se lanzaban luego al laberinto de las callejuelas que, desde luego, estaban menos alumbradas que ellos. Hacían mofa de los monumentos consagrados, pero besaban las piedras porque las habían pisado generaciones y razas y mucha gente como ellos, los Grecos, Lopes de Vegas, Cervantes, Herreras, Quevedos, Calderones, alucinados e inquietos.

Buscaban sitios de miedo; caminaban esperando sorpresas».⁹

José Moreno Villa relaciona políticamente todos estos visitantes de Toledo con los «alacres», ideología que le englobó, como él mismo manifiesta: «... en 1923 era cuando la osadía juvenil de los alacres estaba culminando. Aunque yo era catorce o quince años más viejo que Buñuel, Dalí, García Lorca y otros de los caballeros, la 'alacridad' me envolvió en cierto modo, como puede verse en mis libros *Jacinta la Pelirroja* y *Carambas*. Un historiador escrupuloso añadiría que muchos de los componentes de esta Orden, siendo «alacres», se diferenciaban ya de Gómez de la Serna en la índole de su revolucionarismo. Podría decirse, pues, que eran más surrealistas que cubistas. Con lo cual apunto que la preocupación política y hasta demagógica, asomaba en ellos.»¹⁰

La búsqueda de aventura queda claro que era el principal objetivo. Sus medios eran escasos, dándose casos de verdaderos apuros económicos debiendo muchos de ellos recurrir a diversos medios para solucionar esta situación. Todos los caballeros tenían que pagar a Buñuel o a la caja común, diez pesetas para el alojamiento y la comida, el resto de sus asignaciones debían administrarlo bien de lo contrario ocurría lo inevitable. Así lo manifiesta Moreno Villa en el borrador manuscrito del texto de *El Nacional*: «Los jóvenes caballeros gastaban todo lo que traían de Madrid, y tenían que pedir dinero por telégrafo o recurrir a dibujar en los cafés y vender los dibujos. El pintor Ucelay tuvo que hacer esto en cierta ocasión para regresar a la capital».¹¹

Toledo había sido la ciudad legendaria por excelencia. El gran número de leyendas en torno a sus monumentos, sus calles, y sus objetos religiosos había creado un poso de indudable atracción para todo visitante. Había ocurrido desde que Toledo fuese objetivo de viajeros durante los siglos XVIII y XIX, y se revitalizase con la obra de Maurice Barrés, *Greco ou le secret de Toledo* (1913), hasta manifestarse como uno de los principales objetivos de estos jóvenes madrileños. Hemos de recordar que el propio Alberto Sánchez en su juventud se sintió atrapado también por aquel misterio que desprendía Toledo, experiencias que relató más tarde en su escrito *Palabras de un escultor*, concretamente en los capítulos denominados «El callejón de los muertos» y «Descripción de la casa de un padre jesuita en Toledo».¹²

Retomando el tema que tratamos, podemos ilustrar cuál fue la actividad de esta Orden en Toledo a través de otras anécdotas. Una de ellas es la mencionada por Luis Buñuel, y también recordada por Moreno Villa; Buñuel dice así: «Una noche, muy tarde y nevando, mientras que callejeábamos, Ugarte y yo, oímos de pronto voces de niños que cantaban las tablas de multiplicar. De vez en cuando se interrumpían las voces y se oían risitas y la voz grave del maestro. Después se reanudaba el canto.

Apoyándome en los hombros de mi amigo, conseguí izarme hasta una ventana; pero las voces callaron bruscamente y yo no pude ver más que oscuridad ni oír más que el silencio.

A menudo, en un estado rayando en el delirio, fomentado por el alcohol, besábamos el suelo, subíamos al campanario de la catedral, íbamos a despertar a la hija de un coronel cuya

dirección conocíamos y escuchábamos en plena noche los cantos de las monjas y los frailes a través de los muros del convento de Santo Domingo. Nos paseábamos por las calles, leyendo en alta voz poesías que resonaban en las paredes de la antigua capital de España, ciudad ibérica, romana, visigótica, judía y cristiana».¹³

La presencia de éstos y otros intelectuales en Toledo creemos que no llegó a contactar con los toledanos Santiago Camarasa, César García Valiente, Enrique Vera, mucho más tradicionales en sus formas y arte. Sí en cambio con Gregorio Marañón, en cuya casa toledana Federico García Lorca solía residir, con veladas en las que el granadino leía fragmentos de su obra *Bodas de Sangre* después de visitar con pasión la ciudad «visión inefable, casi inhumana».¹⁴ No hemos de olvidar la presencia esporádica de otros intelectuales como Manuel de Falla, que realizó inspirándose en Toledo su composición *El retablo del Maese Pedro*. Manuel de Falla visitaba la casa de Angel Vegue y Goldoni, uno de los más importantes críticos toledano del momento por sus colaboraciones en prensa local y madrileña, y catedrático de Bellas Artes, además de gran aficionado a la música antigua. A esta casa se le denominaba *El Ventanillo*, y la tenían alquilada Angel Vegue, A. García Solalinde, Alfonso Reyes, José Moreno Villa y Américo Castro.¹⁵

Era éste un ambiente selecto, sin duda, elitista pero que debió tener su importancia en un Toledo demasiado apaciguado por el peso del tiempo y la tradición. La aventura fue esporádica, y aunque no sirvió para revitalizar la adormecida cultura toledana sí caló en sus protagonistas, como una fogueada más

en aquella formación rebelde y vanguardista que desembocó en las principales creaciones de avanzada de la cinematografía, literatura y arte españoles. ■

NOTAS

- 1 V. R. Gómez de la Serna, *Auto-moribundia 1888-1948*, Madrid, Guadarrama, 1974, Vol. I, p. 267.
- 2 Gómez de la Serna, R., 1974, pp. 267-269.
- 3 Luis Buñuel, *Mi último suspiro*, Madrid, Plaza y Janés, 1985, p. 72.
- 4 Así lo manifiesta José Moreno Villa en su artículo «*La Orden de Toledo*», *El Nacional*, México, 12 de octubre de 1947, donde se establece una conversación simulada con Luis Buñuel.
- 5 *Ibidem*.
- 6 Se refiere al citado anteriormente, cita nº 4.
- 7 Buñuel, Luis, 1985, p. 72.
- 8 V. *Lorca/Dalí, Correspondance, 1925-1936*, Notas y cronología de Rafael Santos Torroella. Adaptación de Sylvie Ponce y Felipe Navarro, París, Ed. Carrere, 1987, p. 159. La fotografía fue tomada en junio de 1925. Dalí menciona la «Orden» en algunas de estas cartas, Cfr. p. 96 y p. 169.
- 9 José Moreno Villa, *El Nacional*, México, 12-10-1947.
- 10 *Ibidem*.
- 11 Borrador del texto de *El Nacional*. V Cuaderno de notas de J. Moreno Villa. «*La Orden de Toledo*», 1947, p. 110-115. Archivo de la Residencia de Estudiantes. Madrid. Agradecemos la ayuda que en este tema nos proporcionó Juan Pérez de Ayala, del Archivo de la Residencia de Estudiantes.
- 12 Alberto Sánchez, *Palabras de un escultor*, Valencia, Fernando Torres Editor, 1975.
- 13 Luis Buñuel, Luis, 1985, op. cit. p. 74.
- 14 V. C. Morla Lynch, *En España con García Lorca*, Madrid, Colección Literaria, 1958, p. 327-329.
- 15 V. Monográfico dedicado a Manuel de Falla, Revista *Poesía*, Madrid, nº 36-37, 1991, p. 176. También, en las *Obras Completas* de Alfonso Reyes se recoge una disertación sobre *El Ventanillo*.



Colección de Arte Contemporáneo de la Diputación

PREMIOS Angel Andradé 1992-1998

Exposición
del 18 de noviembre
al 15 de diciembre

Centro de Exposiciones
Ronda de Granada, 4. Ciudad Real



Centro de Exposiciones
de Castilla-La Mancha

Diputación Provincial de Ciudad Real
Colección de Arte Contemporáneo